



Puente Democrático

Diálogo Latino Cubano

Año I Número 2 - Segundo Trimestre 2013



Cuba y las democracias en América Latina

(La Habana) “Para sectores de la izquierda las libertades básicas no están en la base de la estructura de convivencia social en su modelo de modernidad, son más bien la herencia instrumental desechable una vez que se instauren supuestas sociedades justas y revolucionarias. Para ellos, Cuba fue el futuro y continúa siéndolo”.

Por Manuel Cuesta Morúa, Historiador y portavoz del “Arco Progresista”



La izquierda democrática y Cuba: Historia de un desencuentro

(Buenos Aires) “De algún modo, la revolución cubana refundó la izquierda radical en América Latina. Y esto influyó en numerosos grupos y dirigentes durante la guerra fría, pero también después. Muchos de ellos, ya alejados de políticas radicales, mantienen sobre la situación cubana uno de los pocos vínculos políticos con su pasado juvenil. Hay una mirada idealizada, ingenua, pero cínica a la vez, que sostiene un discurso donde la realidad y el relato no tienen puntos de contacto”.

Por Fernando Pedrosa, Historiador y politólogo.



Breves apuntes sobre el sueño igualitario

(Rosario) “A esta altura del siglo XXI, luego de tantos informes de Human Rights Watch, de Amnistía Internacional y de tantas otras organizaciones que en el pasado denunciaron la violencia ejercida por los regímenes autoritarios latinoamericanos, no debiera ser necesario seguir insistiendo en querer convencer a nadie de que lo que ocurre en Cuba desde hace décadas es una dictadura”.

Rubén Chababo, Profesor en Letras.

Diálogo Latino Cubano es una publicación trimestral del Programa de Solidaridad Democrática Internacional (Puente Democrático) del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), cuyo objetivo es generar un intercambio de ideas entre referentes de la sociedad civil, académicos y analistas de América Latina con los actores del movimiento cívico cubano que contribuya a un escenario de apertura política y transición democrática en Cuba. Editor: Gabriel C. Salvia.

Cuba y las democracias en América Latina

Cuba es el signo de que en América Latina las democracias son todavía débiles. En varios sentidos. Si bien no hay dudas de que en nuestro hemisferio sur, contando dentro de él a las islas del Caribe, la democracia es el referente fundamental tanto del Estado como de los ciudadanos y de las instituciones, es más cierto aún que las dinámicas políticas, diplomáticas y geopolíticas condicionan las posibilidades de que los comportamientos públicos respondan a los conceptos referenciales.

El clientelismo político de las elites, el populismo de los Estados y de significativos grupos sociales, más el antinorteamericanismo histórico de la región se combinan para posponer la defensa íntegra de los valores democráticos en el hemisferio. De modo que la prueba de la debilidad democrática no está en las fallas institucionales y en su precariedad social y cultural, lo que algunos llaman la adolescencia de la democracia latinoamericana, sino en la incapacidad regional para hacer prevalecer los valores en todo el hemisferio. Es interesante porque América Latina es el único espacio de valores donde se manifiesta una tensión permanente entre los fundamentos que la constituyen y el compromiso público con las instituciones que le dan cuerpo. En África no hay ambivalencias. Las dictaduras son dictaduras sin rodeos verbales.

Habría la tendencia de culpar a la izquierda latinoamericana, tanto la social como la política—esta última en sus dos niveles más importantes: el intelectual y de Estado—, de la falta de compromiso hemisférico hacia la democratización de Cuba.

Esta tendencia tiene un denso expediente. Desde su surgimiento la izquierda revolucionaria o cristiana en nuestra región ha sido, si acaso, democrática por impotencia. Tuvo que sufrir la violación brutal de sus derechos a manos de las dictaduras de derecha para que el tema de los derechos humanos entrara siquiera débilmente en su ADN ideológico. Su apego a los valores asociados a las libertades individuales ha sido por tanto más negativo que positivo. Ellos se han esgrimido como las herramientas imprescindibles para llegar a sociedades en las que los derechos fundamentales no formarían parte prioritaria, sin embargo, de la agenda pública. Así, para estos sectores de la izquierda las libertades básicas no están en la base de la estructura de convivencia social en su modelo de modernidad, son más bien la herencia instrumental desechable una vez que se instauren supuestas sociedades justas y revolucionarias. Para ellos, Cuba fue el futuro y continúa siéndolo. Y deberíamos entender que el asunto

Por Manuel
Cuesta Morúa

Historiador, politólogo
y ensayista

La Habana (1962)

@cubaprogresista

Portavoz del Partido Arco Progresista (socialdemócrata, participa en carácter de invitado en la Internacional Socialista). Coordinador de la Concertación Nuevo País. Ha escrito numerosos ensayos y artículos, y publicado en varias revistas cubanas y extranjeras, además de participar en eventos nacionales e internacionales.

nada tiene que ver con el modelo económico cubano que todo el mundo sabe que es un desastre, sino con el modelo político y social que se supone es viable con ciertas correcciones de su populismo rígido.

La democracia es, frente a la izquierda revolucionaria y cristiana, más una imposición de la realidad que un proyecto político. Y esta izquierda ha hegemonizado por sobre la izquierda democrática, la que asocia libertades individuales y equidad social. Esta última es minoritaria y rara vez ha logrado el poder del Estado a excepción de Costa Rica. En todo caso ha vivido bajo un permanente complejo por no ser lo suficientemente revolucionaria —como si la revolución fuera la condición natural de la política latinoamericana— y para evitar su vinculación retórica con los Estados Unidos.

Si esta izquierda ha evolucionado dentro de determinados países, este concepto de la izquierda no ha sufrido una misma evolución a nivel hemisférico. El partido socialista chileno tuvo un itinerario revolucionario fuerte que lo vinculó al partido comunista cubano, itinerario que se modera a la fuerza después del paso del pinochetismo y le lleva, en el caso de Cuba, a esbozar una crítica interrumpida a la falta de libertades. Pero hay una rotación del mito cubano, que se fortalece en los países democráticamente débiles. Después de Chile, Brasil. A este le sigue Venezuela montada sobre una estela mítica en la que viven la izquierda social e intelectual de Argentina y Uruguay.

Lo interesante aquí es que las expresiones críticas al gobierno cubano desde la izquierda se producen en países de mayor solidez democrática o que se dirigen a un modelo de democracia fuerte. Allí donde la democracia es débil, como en los países del Alba o semi débil, como en Colombia o Guatemala, la crítica a la falta de libertades en Cuba es nula o escurridiza.

El tema parece más relacionado con la profundidad de la democracia en los distintos países que con la ideología de los distintos sectores políticos, pese a que esto es fundamental. El Brasil del poder, singularmente arrogante, es un ejemplo de cierta importancia. Ni Lula ni Rouseff tienen compromiso alguno con la democracia en Cuba, pero tampoco lo tenían los gobiernos de Sarney o Cardoso. Esto es precisamente así porque Brasil es todavía un país en transición que va saliendo de un modelo de democracia débil, pese a todos sus experimentos.

Pero la importancia de Brasil reside en su centralidad como nación y como modelo dual. Parece un proyecto de izquierda imitable y parece un modelo de desarrollo alternativo. Ambas cosas están siendo contestadas por los ciudadanos brasileños y reflejan, en lo que toca a Cuba, cómo la falta de compromiso de los gobiernos latinoamericanos con la democracia hacia mi país traduce las debilidades de los comportamientos democráticos con sus propias sociedades. Si el Brasil social sorprende al Brasil de Estado que dice gestionar una agenda de izquierdas es porque la izquierda brasileña en el poder

La democracia es, frente a la izquierda revolucionaria y cristiana, más una imposición de la realidad que un proyecto político. Y esta izquierda ha hegemonizado por sobre la izquierda democrática, la que asocia libertades individuales y equidad social. Esta última es minoritaria y rara vez ha logrado el poder del Estado a excepción de Costa Rica. En todo caso ha vivido bajo un permanente complejo por no ser lo suficientemente revolucionaria —como si la revolución fuera la condición natural de la política latinoamericana— y para evitar su vinculación retórica con los Estados Unidos.

Diálogo Latino Cubano

reproduce la lógica imperial de las izquierdas revolucionarias, en un país con un pasado y una pretensión imperialistas difícilmente enmascarables detrás del progresismo: en este desarrollo el pueblo es como un cliente que va dejando atrás el hambre con la ayuda del Estado.

Para Brasil la América del Sur, que era el límite de su diplomacia política, se extiende ahora hasta al Caribe siguiendo dos lógicas en apariencia contradictorias: la de sub-potencia económica y la geopolítica. Ninguna de las dos contempla los valores de la democracia más que como soluciones verbales dentro de la retórica modernamente correcta. Y Brasil marca la pauta latinoamericana.

¿Hacia dónde dirigirnos los demócratas cubanos dentro de este escenario? No parece que podemos trabajar con gobiernos supuestamente democráticos. Mi tesis es que los gobiernos en América Latina no han captado los conceptos de democracia fuerte que miran a los gobernados como ciudadanos originarios de la legitimidad política. Mientras las sociedades se abren y la ciudadanía crece en sus formas múltiples, los gobiernos latinoamericanos, con solo dos o tres excepciones, se cierran como grupos corporativos tras el telón tradicional del populismo. Su problema con la prensa es una señal insustituible para advertir esta incapacidad de adoptar y estimular esos conceptos fuertes de democracia. El progresismo ideológico de algunos de ellos aparece como una movida de ciertas elites para adelantarse desde el Estado, y cooptar, a la auto emancipación ciudadana que sobre todo potencian las redes y la mayor movilidad sociales. Ese progresismo no es sino un nuevo conservadurismo social con serias dificultades para convivir plenamente con las libertades. Ningún demócrata culturalmente serio se ofende, por ejemplo, con la real o supuesta difamación de la prensa.

Mi opinión final es entonces la siguiente: los demócratas cubanos debemos conectarnos con la rica pluralidad de la sociedad civil en América Latina que vigoriza los derechos y las libertades. Cierta visión estatista nos hace ver que el punto final de nuestro curso y recurso políticos termina en un buen contacto con los representantes del Estado. Eso puede ser el caso con las democracias que privilegian a los ciudadanos, pero no en las democracias que solo tienen por sujeto al pueblo. En estas últimas, los ejemplos democráticos a seguir no se encuentran en el poder; están en la sociedad. ¿Es por ejemplo Lula en verdad un demócrata?

Los demócratas cubanos debemos conectarnos con la rica pluralidad de la sociedad civil en América Latina que vigoriza los derechos y las libertades. Cierta visión estatista nos hace ver que el punto final de nuestro curso y recurso políticos termina en un buen contacto con los representantes del Estado. Eso puede ser el caso con las democracias que privilegian a los ciudadanos.

La izquierda democrática y Cuba: Historia de un desencuentro

Por **Fernando Pedrosa**

Historiador y politólogo

Buenos Aires (1968)

@fpedrosa2

Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de posgrado en la Universidad del Salvador y Universidad de Belgrano. Es Investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Tiene un Master en Estudios Latinoamericanos y es Doctor en Procesos Políticos Contemporáneos por la Universidad de Salamanca. Es autor del libro "La otra izquierda. La socialdemocracia en América Latina" (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012). Es miembro del comité académico del Master en Estudios sociales latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e integra el comité de redacción de "América Latina Hoy" Revista de Ciencias Sociales editada por la Universidad de Salamanca.

El artículo de Manuel Cuesta Morúa deja una pregunta interesante para debatir: ¿Por qué la izquierda democrática apoyó (y, aun hoy, algunos sectores lo siguen haciendo) al gobierno cubano a pesar de sus políticas contrarias a la democracia y las constantes violaciones a los derechos humanos?

A continuación voy a desarrollar y sugerir algunas posibilidades e hipótesis que puedan aportar a seguir ampliando el debate propuesto por Cuesta Morúa, y que resulta clave para los tiempos que se viven (y seguramente que se vivirán) en torno a una futura transición política en la isla más famosa del Caribe. Las dividiré en tres grupos.

1- LA ACCIÓN INTERNACIONAL DEL GOBIERNO CUBANO

El castrismo supo aprovechar a su favor el contexto bipolar que regía durante la guerra fría. Así, mostró una flexibilidad para moverse en el escenario internacional que no tuvo dentro del país y que le permitió ir cambiando de discursos y aliados según cada coyuntura, aunque en realidad, su lugar seguía siendo siempre el mismo. Así, por ejemplo, en ocasiones aparentó (y también tuvo) estrategias diferentes a las de la Unión Soviética aunque nunca dejó de ser un país satélite de la entonces superpotencia socialista.

Esta flexibilidad le sirvió para confluir con actores con los que no tenía coincidencias ideológicas ni estratégicas de largo plazo. Esto se observó, sobre todo, a partir del llamado "no alineamiento" que entonces fue un espacio (político y discursivo) muy poderoso y, aún más, en algunos organismos internacionales como la ONU.

Así, Cuba tejió alianzas, entre otros, con la izquierda democrática europea, sobre todo, con los partidos socialdemócratas que, por entonces, gobernaban la mayoría de los países del viejo continente. Es preciso mencionar que no con todos se relacionó igual. Particularmente, se pueden mencionar sus vínculos con los nórdicos, que entonces buscaban diferenciarse de "rusos y yankees" y consolidar una suerte de tercera posición con un fuerte contenido de izquierda. Olof Palme, fue un icono de esta situación.

Además, por los años setenta, el impacto de la izquierda latinoamericana en Europa era muy fuerte, influenciando, incluso, a las opiniones públicas nacionales. En el marco de los llamados "valores posmateriales" y a caballo de las movilizaciones producidas en la oposición a la guerra de Vietnam y en contra de la proliferación

www.puentedemocratico.org
correo@puentedemocratico.org

Diálogo Latino Cubano

de armas nucleares, importantes sectores de la vida política europea también se movilizaban y votaban interesados en coyunturas muy lejanas a las de sus países.

Entre estas coyunturas se encontraban el apartheid en Sudáfrica, la solidaridad con las revoluciones centroamericanas y las luchas contra las dictaduras latinoamericanas. A esto se sumaba el boom de la música y la literatura latinoamericana sostenida en una década con muchos premios Nóbel para latinoamericanos (muchos de ellos, entusiastas y públicos admiradores de Fidel Castro).

Así también se multiplicó la oferta electoral a la izquierda de la socialdemocracia europea, amenazando el liderazgo de los partidos tradicionales. Entre otros, se puede mencionar a los eurocomunistas, verdes, liberales y diversos grupos organizados de la sociedad civil que obligaron a los dirigentes socialistas europeos a radicalizar su discurso fronteras afuera (y solo fronteras afuera). Ejemplo de ello fueron Olof Palme, Bruno Kreisky, Willy Brandt, Felipe González y Françoise Mitterrand, entre los más conocidos.

Además, en el marco de los desastres que ocasionaban los terrorismos de Estado dominantes en América Latina, los escuadrones de la muerte y las guerras civiles, la situación de Cuba mostraba cierta estabilidad y la alejaba del centro de atención de los organismos trasnacionales de DD.HH, que priorizaban su tarea en el cono sur.

Pero aun para aquellos socialistas que criticaban al régimen castrista (y los alemanes y los ingleses lo hacían), Cuba era funcional a sus objetivos, ya que ocupaba en forma permanente la atención de los EE.UU. y abría una brecha para aquellos grupos que públicamente utilizaban otras etiquetas que no fueran las del Partido Comunista.

Esto les permitió a los demás actores maniobrar con más comodidad en una zona que, para los años 70 y 80, era muy conflictiva. Centroamérica y el Caribe desde la década de los setenta comenzaron a salirse de control para los norteamericanos. No solo por la revolución sandinista y la guerra civil salvadoreña y guatemalteca, también por el triunfo electoral de partidos socialdemócratas como el Partido Revolucionario Dominicano y del People's National Party jamaicano, de la revolución en Granada y Guyana y por el notable cambio en la política de Panamá durante los últimos años de Torrijos.

El gobierno cubano también mantuvo relaciones con los grandes partidos latinoamericanos, no necesariamente de izquierda, pero que ocupaban también gran parte de ese espacio. Por ejemplo, el PRI mexicano, Acción Democrática de Venezuela, el Partido Revolucionario Dominicano (especialmente con su líder, José F. Peña Gómez) y el Partido Liberación Nacional de Costa Rica. Estos partidos, y sus líderes, mantuvieron relaciones contradictorias y ambiguas con la isla, aunque ya entrando en la década de los ochenta, eso fue deteriorándose con rapidez.

En este sentido la habilidad del régimen también se observó en

En el marco de los desastres que ocasionaban los terrorismos de Estado dominantes en América Latina, los escuadrones de la muerte y las guerras civiles, la situación de Cuba mostraba cierta estabilidad y la alejaba del centro de atención de los organismos trasnacionales de DD.HH, que priorizaban su tarea en el cono sur.

mantener alianzas que parecían opuestas a su ideología, como la que mantuvo con los militares argentinos durante la guerra de Malvinas (simbolizada en el abrazo entre el entonces canciller argentino Nicanor Costa Méndez y Fidel Castro) y también la excelente relación que mantuvo con el ex ministro de Franco y líder de la Alianza Popular y luego del Partido Popular, Manuel Fraga Iribarne.

Cuba mostró que fue y es eficiente para buscarse padrinos poderosos que sostuvieran sus finanzas en constante déficit y le otorgaran protección internacional. Incluso, luego de la caída de la URSS y de algunos años de zozobra, la aparición de Hugo Chávez le dio aire a una economía en caída libre. Esta ubicación parasitaria de la bonanza de otros, también le otorgó la ventaja de ubicarse en un estratégico segundo plano, lo que le ahorró costos geopolíticos que fueron pagados por sus protectores.

Cuba mostró que fue y es eficiente para buscarse padrinos poderosos que sostuvieran sus finanzas en constante déficit y le otorgaran protección internacional. Incluso, luego de la caída de la URSS y de algunos años de zozobra, la aparición de Hugo Chávez le dio aire a una economía en caída libre. Esta ubicación parasitaria de la bonanza de otros, también le otorgó la ventaja de ubicarse en un estratégico segundo plano, lo que le ahorró costos geopolíticos que fueron pagados por sus protectores.

2- LA POLÍTICA NORTEAMERICANA

Esta es otra de las explicaciones para entender algunas estrategias de la izquierda democrática (y de la otra también). Muchos de estos grupos se posicionaban automáticamente (y así lo hacen también hoy) en contra de los norteamericanos, en cualquier posición que estos adoptaran. Al mismo tiempo EE.UU. mantuvo una posición polarizante frente a Cuba, sin dejar lugar a ninguna posible conciliación ni flexibilidad. Esto obligaba a los demás actores a tener que tomar partido por uno u otro y de hecho, le restaba aliados a los norteamericanos y le sumaba amigos al régimen cubano. Y esto desde época muy temprana, como en los sesenta, durante la frustrada invasión y la posterior crisis de los misiles.

Por esto, muchos analistas evalúan como un error la política de confrontación total de los norteamericanos, incluyendo el bloqueo y sus endurecimientos sucesivos, sobre todo con la llamada Helms-Burton Act. Esta posición de dureza contrastaba con la flexibilidad con que los cubanos cambiaban de aliados y posiciones en el escenario internacional.

Sin embargo, lejos de ser un error involuntario, fue una marca registrada de la política de EE.UU. en su “patio trasero”. Esto se vio en momentos claves para la historia de la región como el derrocamiento de Jacobo Arbenz, (incluso el de Salvador Allende fuera de la región), la invasión a la República Dominicana en 1965 y en la política de Ronald Reagan en los años ochenta (etapa conocida como “segunda guerra fría” por la violencia del enfrentamiento bipolar que tuvo a Centroamérica y el Caribe como uno de sus escenarios principales).

La política norteamericana no dejaba lugar para alianzas con otros actores en estos temas. El mensaje era claro y fue sistematizado en el llamado “informe Kissinger”, cualquier actividad a favor de gobiernos o grupos de izquierda afectaba la seguridad nacional de los EE.UU. y la respuesta norteamericana sería acorde a esa amenaza,

Diálogo Latino Cubano

como bien pudieron testimoniar los granadinos en 1983. A la vez, esto estaba dirigido también a la opinión pública interna, donde la cuestión cubana tenía fuerte impacto como también la percepción, sobre la fortaleza del liderazgo norteamericano en el mundo.

Se debe decir también que, cuando EE.UU. apostó a otro tipo de estrategias (como bajo el gobierno de James E. Carter, etapa conocida como la “distensión”), las actividades expansivas de los cubanos no solo no se detuvieron, sino que crecieron exponencialmente. Así, su influencia llegó a su pico máximo en la región de Centroamérica y el Caribe para comienzos de la década de los ochenta lo que legitimó, en parte, la derrota electoral de los demócratas y la llegada a la Casa Blanca de los “duros” del Partido Republicano.

3- EL RELATO Y LAS REDES

Existe también un factor discursivo ligado al imaginario de la izquierda y que fue hábilmente explotado por el régimen de Castro. De algún modo, la revolución cubana refundó la izquierda radical en América Latina. Y esto influyó en numerosos grupos y dirigentes durante la guerra fría, pero también después. Muchos de ellos, ya alejados de políticas radicales, mantienen sobre la situación cubana uno de los pocos vínculos políticos con su pasado juvenil.

Hay una mirada idealizada, ingenua, pero cínica a la vez, que sostiene un discurso donde la realidad y el relato no tienen puntos de contacto. Así se alimenta el discurso a favor del castrismo con una serie de elementos anacrónicos, inexistentes y contra fácticos y por lo tanto difíciles de refutar (por ejemplo, que si se fueran los Castro, Cuba volvería a ser igual que bajo la dictadura de Batista).

Al progresismo latinoamericano le encanta el socialismo revolucionario, siempre que sea lejos de sus países (y si es posible con playas caribeñas). La llamada “nueva trova cubana”, el cine y la literatura reforzaron este relato imaginario con un contenido romántico, cuando la distancia entre la realidad y la revolución idealizada se hacía cada vez más grande.

En esto el mito construido en torno al Che Guevara también es clave. Un héroe construido sobre la misma negación de su comportamiento y decisiones reales. Una camiseta que no implica nada para quien se la pone, pero sobre la que se sostiene también la permanencia (e impunidad) del régimen no democrático más antiguo del continente.

En este sentido, el nuevo oxígeno que la izquierda posee en América Latina desde hace ya casi 15 años, renovó también el apoyo a la revolución cubana que, apelando a su flexibilidad (y por las carencias económicas), pasó de un discurso marxista a posiciones nacionalistas afines con el nuevo centro de poder económico, ubicado ahora en Caracas.

También hay que hablar aquí del papel del exilio cubano y su aporte invaluable para consolidar este imaginario que tanto perjudicó a la

Al progresismo latinoamericano le encanta el socialismo revolucionario, siempre que sea lejos de sus países (y si es posible con playas caribeñas). La llamada “nueva trova cubana”, el cine y la literatura reforzaron este relato imaginario con un contenido romántico, cuando la distancia entre la realidad y la revolución idealizada se hacía cada vez más grande.

oposición al régimen. Para quienes viven lejos del Caribe y no siguen con detalle su política interna, el papel del exilio cubano fue clave para construirse una opinión política y una idea acerca de la situación cubana que, una y otra vez, terminó favoreciendo al régimen de los hermanos Castro.

Los discursos radicales del exilio cubano (para ser justos, de algunos grupos y líderes) resultó una confirmación empírica que la ida de los Castro produciría la vuelta a la época de Batista. Las estrategias hacia la isla, algunos personajes nefastos y sus alianzas con los sectores más extremos del Partido Republicano, alejaron más aun a quienes desde ideas de izquierda democrática podían apoyar algún tipo de cambio en Cuba.

Por otro lado, los setenta y ochenta fueron años de construcción de redes muy sólidas de exiliados. Chilenos, argentinos, paraguayos, bolivianos poblaron los países europeos y algunos latinoamericanos. Allí trabaron sólidas relaciones políticas y personales y muchos reconstruyeron sus marcos ideológicos modificando, incluso renunciando, a las tradiciones más radicales de la izquierda. Y allí, la ausencia de cubanos era notoria, radicados masivamente en Miami no participaron de ese fenómeno ni siquiera tangencialmente.

Estas redes de exiliados latinoamericanos redefinieron sus posiciones pero, invariablemente (y por la falta de contacto político y también personal) entendieron a la oposición cubana como parte de la misma política que los había obligado a escaparse de sus países. Y además, para comprender un poco más el presente de la cuestión, esos mismos exiliados ocupan hoy en día, primeras y segundas líneas en los gobiernos de América Latina.

EL FUTURO

Las páginas anteriores solo fueron algunas ideas para buscar explicaciones sobre por qué importantes grupos de la izquierda democrática apoyaron (y apoyan) al gobierno cubano, haciendo la vista gorda a las sistemáticas violaciones a los derechos humanos que ocurren dentro del territorio de la isla.

Soy pesimista con respecto a que el contexto ayude a cambiar esto. Lo muestra Cuesta Morúa cuando describe el insólito papel de Brasil. El nuevo escenario geopolítico, donde los europeos pierden poder y peso específico, arrastrará también a los valores que ellos impusieron (aunque sea nominalmente y con grandes defecciones). El nuevo mundo de los BRICS y sus aliados no augura que los valores que aporten al mundo sean muy diferentes de los que sostienen en sus propios países. Por otro lado, los países que han logrado trascender las fronteras nacionales con sus reclamos por mayor libertad lo han hecho sostenidos en liderazgos y fuertes movilizaciones populares, circunstancias que hoy parecen no se observarse en Cuba.

Sin embargo, también creo que esto no debe significar que se aban-

El mito construido en torno al Che Guevara también es clave. Un héroe construido sobre la misma negación de su comportamiento y decisiones reales. Una camiseta que no implica nada para quien se la pone, pero sobre la que se sostiene también la permanencia (e impunidad) del régimen no democrático más antiguo del continente.

Diálogo Latino Cubano

done la tarea, sobre todo, a las puertas de una más que probable transición política que abra una ventana de oportunidad única. Cuesta Morúa señala acertadamente algunos caminos posibles en el plano internacional, como el trabajo sobre la sociedad civil. Sin embargo, no parece conveniente abandonar el trabajo sobre los Estados y las elites políticas, más en América Latina, donde aún siguen siendo ellos quienes forman discursos sociales, articulan identidades y difunden ideología entre el resto de la sociedad.

Acercándonos a un fin de ciclo en muchos de los países de la región, una gran parte de intelectuales, artistas, dirigentes políticos y militantes vinculados con la izquierda –de diversos modos– estarán dispuestos a escuchar otras versiones sobre Cuba y su futuro. Es importante que en ese proceso no se repitan los errores del pasado.

¹ Inglehart, R. “The Silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-Industrial Societies”, *American Political Science Review*, 65(4): 991-1017, 1971

² Esto también se acentuó cuando EE.UU. hizo intervenir a la democracia cristiana internacional en la región, incluyendo al alemán Franz-Joseph Strauss, lo que radicalizó más las posturas de los alemanes que conducían entonces la Internacional Socialista de la mano de Willy Brandt.

³ La publicación del libro de Claudia Hilb puede ser un botón de muestra “Silencio, Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana, Buenos Aires, Ed edhasa, 2010”.

Los setenta y ochenta fueron años de construcción de redes muy sólidas de exiliados. Chilenos, argentinos, paraguayos, bolivianos poblaron los países europeos y algunos latinoamericanos. Allí trabaron sólidas relaciones políticas y personales y muchos reconstruyeron sus marcos ideológicos modificando, incluso renunciando, a las tradiciones más radicales de la izquierda. Y allí, la ausencia de cubanos era notoria, radicados masivamente en Miami no participaron de ese fenómeno ni siquiera tangencialmente.

Breves apuntes sobre el sueño igualitario

Por Rubén Chababo

Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Rosario

Rosario (1962)

Docente de la Cátedra de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Artes. Ha desarrollado trabajos de investigación como becario de Naciones Unidas en la Universidad Central de las Villas (Cuba), en el Instituto Iberoamericano de Berlín y en el Instituto de Cooperación Iberoamericano de Madrid. Ha dictado conferencias en carácter de profesor invitado en diferentes universidades del país y del extranjero, entre otras la Universidad de Pescara (Italia), Vassar College, Bowling Green y Holly Cross (Estados Unidos), entre otros centros académicos. Trabajos de su autoría han sido publicados en revistas especializadas del país y del extranjero. Desde 2003 dirige el Museo de la Memoria, institución dependiente de la Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario.

1. Hacia comienzos de los años sesenta Mario Vargas Llosa escribió una de las crónicas más entusiastas y deslumbrantes acerca de la Revolución cubana. El autor de *La ciudad y los perros*, participó en aquellos años, junto a tantos otros escritores e intelectuales latinoamericanos, de ese llamado a acompañar un hecho realmente milagroso como era el fin de una dictadura y la promesa del “cumplimiento del Evangelio sobre la tierra” como alguna vez calificó Lezama Lima al proceso revolucionario.

Leídas esas crónicas cincuenta años más tarde, la sensación que uno no puede dejar de sentir es la de la frustración y el desasosiego porque poco o nada, casi nada, queda de esa alegría y esa esperanza que esas crónicas confirmaban y que se construían con el esfuerzo y la ilusión de tantos.

Cuando Vargas Llosa escribió esos textos (casi contemporáneos a los escritos sartreanos de saludo a la Revolución conocidos bajo el título *Un huracán sobre el azúcar*) nada hacía presumir que ese estallido de justa rebeldía frente al orden imperial habría de transmutarse en poco tiempo más en una paquidérmica estructura burocrática dispuesta a cumplir los sueños y los ideales de un puñado de funcionarios, abandonando a su suerte, y al infierno más temido, a millones de hombres y mujeres.

Porque el infierno más temido, para cualquier grupo humano, para cualquier sociedad, no es otra cosa que el totalitarismo, esa forma de ejercer el poder haciendo uso del miedo y del control cotidiano, cooptando la vida pública y privada, pulverizando toda posibilidad de disenso al convertir en enemigo público a todo aquel que se atreva a enunciar una opinión que no concuerde con la palabra oficial del Estado. En esos tempranos años sesenta, cuando la Revolución amanecía con todas sus promesas, nada hacía presumir esa trágica deriva.

2. A pesar de que los años han pasado nunca he podido dejar de recordar esa tarde en Santa Clara, hacia finales de los años ochenta – yo era un estudiante que intentaba escribir, bajo el tórrido calor del trópico, una humilde tesis sobre las vanguardias literarias– cuando un grupo “espontáneo” de vecinos se reunió en los alrededores de la plaza central. Iban con bolsos cargados de basura y huevos que comenzaron a arrojar sobre la puerta y las ventanas rigurosamente cerradas de una casa humilde. Los dueños de esa casa se habían exiliado hacía pocos días en Miami y solo quedaba allí una hermana mayor que no se había decidido a partir. La alegría de ese grupo de ma-

Diálogo Latino Cubano

nifestantes que profería gritos de condena a los antiguos residentes villaclarenses hacía eco junto a los altavoces de una vieja camioneta desde donde un grupo de jóvenes vociferaba condenando al peor de los mundos a esos traidores a la fe revolucionaria.

Unos días más tarde, alguien comentó que una balsa, una más entre las miles de balsas, con dos familias de Camaguey, había logrado cruzar las aguas territoriales cubanas pero que a pocos kilómetros de la costa norteamericana se había hundido con todos sus tripulantes, una situación por llamarla de algún modo “común” en un país cuya única vía de fuga eran esas improvisadas embarcaciones arrojadas a un mar infectado de tiburones. “Situaciones comunes”, como la de los humillantes “escraches” que se repetían de norte a sur de la isla frente a las antiguas residencias de los exiliados, que no despertaban la mínima solidaridad de nadie ni fuera ni dentro de la isla.

3. Para la izquierda, y en especial para la izquierda latinoamericana, ninguno de estos atropellos ingresó nunca como asombro en su agenda, ni siquiera como un tema a denunciar en ningún foro internacional. Mientras escraches y hundimientos de embarcaciones precarias cargadas de exiliados se sucedían dentro y fuera de la isla, los escritores latinoamericanos continuaron sus peregrinaciones a La Habana apoyando con su presencia un estado de situación política y social que nunca hubieran convalidado para sus propias vidas. Desde Eduardo Galeano y Mario Benedetti a Gabriel García Márquez el orden autoritario fue saludado y bendecido para beneplácito del progresismo ilustrado, retratado en las páginas de la revista Casa de las Américas y reproducido hasta el hartazgo en las páginas del periódico Granma. Para ninguno de esos intelectuales, la Revolución mereció nunca la mínima observación crítica, por el contrario, supieron mantener un doble standar que siempre salvaba de la condena a los gobiernos y los estados donde se estaba construyendo, según ellos, el socialismo real. Aquello que en sus propios países de origen hubiera merecido la observación o el rechazo inmediato, en el caso cubano era leído – y sigue siendo leído- como errores o desvíos, nunca como acciones propias o esenciales para el sostenimiento del régimen autoritario. Situación ésta que poco difiere a la de la Europa de los años cincuenta y sesenta cuando un amplio espectro de escritores afines al comunismo se negaba a asociar a la Unión soviética con lo que en verdad era, un régimen criminal sostenido sobre las bases de un sistema policial y concentracionario.

Ni siquiera el caso Padilla, que culminó en un tribunal frente al cual el autor de Fuera de juego terminó auto incriminándose de acciones nunca cometidas, logró mover significativamente el fiel de la balanza. Tampoco la denuncia pública de la existencia de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, eufemismo para nombrar los campos de reeducación donde fueron reclusos miles de homosexuales,

El infierno más temido, para cualquier grupo humano, para cualquier sociedad, no es otra cosa que el totalitarismo, esa forma de ejercer el poder haciendo uso del miedo y del control cotidiano, cooptando la vida pública y privada, pulverizando toda posibilidad de disenso al convertir en enemigo público a todo aquel que se atreva a enunciar una opinión que no concuerde con la palabra oficial del Estado.

alcanzó para conmover algún espíritu solidario hacia esas víctimas. Es cierto, Susan Sontag, Juan Goytisolo, Octavio Paz, Italo Calvino, Jorge Semprún y Juan Rulfo fueron algunos de los que se decidieron a quebrar la indiferencia generalizada, pero lo que prevaleció, en términos generales, y en especial en el campo latinoamericano, fue la indiferencia, la tolerancia de lo injusto en pos de preservar los “ideales superiores”.

4- A esta altura del siglo XXI, luego de tantos informes de Human Rights Watch, de Amnistía Internacional y de tantas otras organizaciones que en el pasado denunciaron la violencia ejercida por los regímenes autoritarios latinoamericanos, no debiera ser necesario seguir insistiendo en querer convencer a nadie de que lo que ocurre en Cuba desde hace décadas es una dictadura. Sin embargo, esta verdad de Perogrullo se vuelve inaudible y no logra penetrar la epidermis de un campo intelectual y de un campo progresista que, a pesar de las evidencias, se niega a reconocer lo que está allí frente a sus ojos. Y acaso eso evidente implicaría aceptar no que es maldito el sueño revolucionario, ni las ideas igualitarias ni el sueño de una sociedad por fuera de las potestades imperiales, sino que eso que llamamos lo maldito irrumpe en el momento en que esos principios nobles son apropiados por una burocracia que se autovalida como única intérprete de los legados emancipatorios, imponiendo su voluntad sobre las mayorías sin pedirle nunca a cambio ningún consentimiento.

No debiera ser observable ninguna idea que llame a independizarse de la crueldad capitalista, tal como la conocemos con todas sus consecuencias devastadoras en este siglo XX que ha concluido y en el XXI que recién comienza. Lo que sí debiera ser condenable y repudiable -, y los países del llamado socialismo real lo han demostrado, desde Bulgaria a la Unión Soviética y desde Rumania a Cuba- es imponer un sistema económico, social y político bajo la arbitraria voluntad de un aparato policial y represivo y además pretender que ese estado de arbitrariedad sea reconocido como un modelo superior o aún mucho peor, como la concreción de un ideal utópico y sensiblemente humano. Porque incluso si el sueño igualitario fuera conquistado, si el pan y la salud -como predicaban las dirigencias autoritarias- pudieran garantizarse, aunque sea pobremente, a todos y cada uno de los ciudadanos, ese humilde o grandioso bienestar no dejaría nunca de ser infernal si estuviera construido sobre la base del miedo y la represión.

Un dilema que el progresismo nunca ha podido resolver y que buena parte de los intelectuales latinoamericanos ha preferido ignorar, mirando, con autocomplacencia, hacia otro lado.

Mientras escraches y hundimientos de embarcaciones precarias cargadas de exiliados se sucedían dentro y fuera de la isla, los escritores latinoamericanos continuaron sus peregrinaciones a La Habana apoyando con su presencia un estado de situación política y social que nunca hubieran convalidado para sus propias vidas.